

os receptores, tanto al
ado como al crédito, ubi-
ado en Alameda 776, cuenta

ampliado los plazos pa-
pago por parte de los comer-
ciantes".

las inscripciones.

REFLEXIONES

En Las Vegas

■ ¿EN QUE momento de su evolución, el hombre se remeció de su ancestral aburrimiento e inventó el juego de azar? ¿Y cuándo a ese juego inocente se le agregó el estímulo de la apuesta?

Hay cosas cuyo origen no puede ser detectado; nacen con la naturaleza humana y el juego es una de ellas. Por de pronto, Juvenal en sus sátiras da testimonio del amor que los romanos sentían por el juego de azar y toda la literatura árabe hace referencia a complicados e ingeniosos juegos.

Por más que la moral cristiana combatió el juego y las apuestas éstas han subsistido. La tentación de ganar dinero fácilmente, el apasionamiento que dados, ruletas, naipes y caballos produce en los jugadores, no tienen parangón. Con razón De Musset decía que el juego es la única pasión que puede competir con el amor.

Todo jugador tiene el sueño secreto de hacer saltar la banca y en los casinos se narran extrañas leyendas de un jugador que logró dar cima a su quimera. Pero son mayores los cuentos de suicidios provocados por las pérdidas del juego.

Personalmente, he de reconocer mi deficiencia. Al Todopoderoso se le olvidó insertar en mi cerebro, corazón o no sé dónde, ese casillero que produce el encantamiento y la emoción por el azar. Para mí, los dados son unos cubículos con puntitos; la ruleta una rueda que gira y las patas de caballos, sólo eso: patas de caballos.

No obstante, el destino me llevó una vez a la capital del juego. A Las Vegas. Me encontraba en Los Angeles, cuando un periodista norteamericano me dijo que me había conseguido una invitación por 3 días a uno de los fabulosos hoteles de Las Vegas: El Tropicana. Y gratis, me aseguró: Quise cerciorarme y me mostró la carta del relacionador público del hotel. En ninguna parte leí la palabra "gratis". "Está aquí —me dijo el colega— cuando dicen "with our compliments", significa que es gratis".

Con los bolsillos semivacíos y la duda carcomiendo mi conciencia, tomé el avión para Las Vegas.

Al aterrizar el avión, en vez de la información usual sobre la temperatura ambiente, el piloto nos despidió con un jovial: ¡Buena suerte!, y al llegar al aeropuerto, comprendí el porqué. En el baño, junto al mesón de despacho, en todas partes, estaba siempre presente la máquina tragadora de monedas que los norteamericanos que me acompañaban en el viaje hacían accionar con entusiasmo digno de mejor causa. Me encogí de hombros pensando que era cosa de gringos, y me dirigí en un colectivo al Tropicana.

¿Conocen Uds. las dimensiones de una cancha de fútbol? Un poco más grande que eso es el hall del Tropicana y el del Flamingo y el del Cesar's Palace y el del Bonanza y el de todos los hoteles del "strip". Pero ese hall está lleno de máquinas tragamonedas, una al lado de la otra, frente a las cuales hombres y mujeres como hipnotizados hacen funcionar una palanca. Volví a pensar que los gringos eran muy estúpidos.

Después de depositar mi equipaje en una suite digna de una película en technicolor, con Doris Day y todo, quise visitar el lugar. Salí a la calle, enfilé a la derecha, se me acabó el hotel y me encontré con el desierto. Enfilé entonces a la izquierda, se me acabó el hotel y me encontré con el desierto. Le pregunté, entonces, al portero: "¿Dónde está el 'strip'?", "Aquí", me contestó él y ante mi cara de sorpresa me indicó un puntito en el desierto y me dijo "Allá está el hotel del lado". Tomé entonces un taxi, me fui al hotel del lado distante 10 o más kilómetros y me volví a encontrar con la cancha de fútbol y las máquinas tragamonedas y los hipnotizados que la accionaban. Tres hoteles más y cuarenta kilómetros en taxi me convencieron que en el "strip" de Las Vegas no iba a encontrar mucha variedad.

Entonces, de regreso al Tropicana, di aquel mal paso. Así, como quien no se da cuenta, puse una moneda de veinticinco centavos en una ranura y bajé una palanca. Y se produjo el milagro, un chorro de monedas salió de la máquina que repletó mis bolsillos.

¿Les dije que la invitación era por tres días? Pues me pasé tres días bajando la palanca, metiendo monedas en la ranura y el milagro no volvió a repetirse. Y terminados los tres días, con un dolor de brazos tremendos, con los bolsillos vacíos y con un temor horrible me acerqué a la caja a pedir la cuenta. El cajero la buscó, me la pasó, me pidió que la firmara y confirmó sonriendo: "With our compliments".

Y en el avión, de regreso, saqué mis cuentas y me di cuenta que en las máquinas tragamonedas había gastado mucho más que si hubiese pagado mi cuenta, mis comidas, mis espectáculos y no hubiera jugado.

En definitiva, creo que fui afortunado. Perdí una magnífica oportunidad para enviarme con el juego. Pero hasta hoy, una pregunta da vueltas por mi cabeza. ¿Cómo se las arreglaron para que la primera vez que accioné la palanca saliera ese chorro de monedas?

PARTIQUINO